

La siembra de tesoros

ACÍA un día radiante. El sol acariciaba suavemente los rostros de los habitantes del bosque. A la bruja Pamplinas la saludó con un cálido beso en la mejilla. La bruja se sonrió y, desde la puerta de su casa, gritó muy alto con alegría:

—¡Hola a todos! —y dirigiéndose a Luf y a Milkifú prosiguió—: ¡Hace un día precioso! Dan ganas de pasear.



—¡Sí, sí! ¡Buena idea! Me apunto
—contestó entusiasmada la lechuza.

—Pues yo no —replicó Milkifú—.
Estoy muy a gusto en casa. Además,
tengo que vigilar que estos
descarados ratones no vuelvan a
atacar el magnífico queso que
tenemos en la despensa.



—¿Estás seguro que han sido los
ratones y no tú? —preguntó
Pamplinas sonriendo.

—¿Yo? ¿Qué dices? Si soy un
inofensivo gato y, por otra parte,
todo el mundo sabe que son los
ratones los que se comen el queso.



—Yo también tengo mis dudas al
respecto —intervino Luf—. ¿No será
que eres sonámbulo y te levantas en